

LA FILOSOFIA DEL MARXISMO Y EL SEÑOR HAYA DE LA TORRE

I

PUNTO DE MIRA

Nunca se registró en América —desde el añejo eco del revisionismo social-demócrata europeo, prescindiendo de las solemnes tonterías de los impugnadores de segunda mano— un movimiento de la pretensión y el estilo del sostenido por Haya de la Torre. Contorsionando los descubrimientos físicos de Einstein —la teoría del Espacio y el Tiempo— se proclama el fundador de una nueva concepción del mundo, de proyección histórica plurisecular, significativa para el marxismo de lo que éste representara para la dialéctica hegeliana.

De pie sobre este cimiento filosófico —la teoría del “Espacio-Tiempo” histórico— el jefe “máximo”, como lo nombran sus amigos, se unge el inspirador de una actividad continental destinada a suprimir, absorber o liquidar el movimiento comunista. “El comunismo en el Perú es ilógico, es un lobanillo, un quiste que hay que extirpar de raíces” —escribe—. Esta amenazadora conclusión política —cuyo perfil reaccionario no cuesta dibujar— recibió su lamentable bautismo de sangre en Perú; pero ello no arredra al señor Haya de la Torre. Sueña con extenderla a los demás países aun a costa de renunciar a la pompa ceremonial incaica que orna sus exteriorizaciones peruanas...

Es hora, pues, de confrontar sus afirmaciones con el marxismo-leninismo, cuya piel teórica ha vendido con excesiva prisa el orgulloso político peruano.

Esperamos demostrar:

a) Que el pensamiento filosófico del señor Haya de la Torre concluye en una variedad del relativismo, producto de una mala asimilación de la ley dialéctica de la “negación de la negación”, que lleva y trae para justificar su pretensa superación del marxismo;

b) Que sus conclusiones oscilan así entre un tosco mecanicismo que subordina en última instancia la validez de un pensamiento a su origen geográfico, y la sofística;

c) Que el enfoque hayista de la realidad americana, particularizado en Perú, se apoya en un absurdo sociológico e histórico: “...en el Perú no existe capitalismo...” “Desde nuestro

Espacio-Tiempo americano, el imperialismo es la primera etapa del capitalismo";

d) Que su teoría política, negadora de la función histórica del proletariado en América, pese a sus aires de originalidad, apenas si revive las lamentables tesis populistas, desmenuzadas por Plejanov y Lenin en la Rusia de comienzos del siglo;

e) Que la concepción hayista es nefasta para el desarrollo de la revolución democrática en el continente y que sus postulados contribuyen a la conservación de las prescritas estructuras del atraso económico, encadenadas a la voracidad del capital financiero internacional.

Veamos el primer punto.

II

DONDE HAYA DE LA TORRE SE COMPARA CON EINSTEIN, HEGEL Y MARX...

Recientemente se publicó en Arequipa un ensayo del escritor Guardia Mayorga, intitulado "Reconstruyendo el Aprismo". El autor aborda la faena de acompañar críticamente los vaivenes ideológicos del señor Haya de la Torre, con documentación esmerada y acierto frecuente. No obstante objeciones parciales que se le pueden acotar, constituye un aporte a tener en cuenta en esta incursión por las posiciones filosóficas de Haya de la Torre.

"El hayismo surge como concepción política y económica —escribe— aceptando en filosofía la dialéctica hegeliana y marxista; los apristas son filosóficamente marxistas, vale decir, dialécticamente hegelianos". Esto hasta 1935, año en que se esboza la filosofía hayista para justificar el exclusivismo de ese partido en la solución de todos los problemas de América Latina y del Perú. A partir de este año se sienta la premisa de que el hayismo ha superado al "marxismo congelado" y se buscan nuevas bases de sustentación filosóficas. Después de muchas elucubraciones, sobreviene el "genial descubrimiento del Espacio-Tiempo histórico" conciliando eclécticamente el relativismo spengleriano, el relativismo einsteniano, el marxismo y la axiología".

Si bien el escritor arequipeño advierte correctamente que la pretendida concepción filosófica de Haya es una extraña mixtura en que alternan las referencias de los alemanes fascistas o prefascistas, con las versiones caricaturizadas de las teorías físicas de Einstein y las invocaciones a Hegel, no es posible aceptar que el marxismo haya jugado ningún papel en el galimatías doctrinal del Jefe del Apra. A no ser cuando el señor Haya de la Torre se digna considerarlo un punto de comparación para atestiguar sobre su propia grandeza y estatura. ¿No es un gigante quien supera la dimensión reconocida de otro gigante?

Con exquisita modestia, nos recuerda, a cada paso, que su cabeza, más allá de las nubes, contempla a Hegel y Marx, esos dos "momentos" de la historia del pensamiento universal, con-

tinuada por Víctor Raúl Haya de la Torre. "Si de Hegel se conservó la dialéctica como armazón y estructura y adquirió un nuevo contenido con Marx, la nueva concepción —(es decir, la propia de Haya)— no va a suprimir lo negado, sino que va a superar lo negado. Comprendo que al llegar a este punto, confíe con los planos de la osadía, pero permítaseme que siquiera con el intento de perfil de tesis, esboce yo mi modesta opinión sobre el nuevo sentido cíclico y dialéctico de la negación histórica del marxismo" —expone en uno de sus trabajos.

No existe una fecha —1935 o cualquier otra— que jalene la bifurcación de Haya de la Torre y el pensamiento de Marx. Lo que no obsta para que todavía hoy lo invoque frente a cada circunstancia. Haya no mantuvo ni comprendió nunca el materialismo dialéctico o histórico. Lo transparente irrefutable su propia historia política en la cual sobrevive, como única convicción inmutable, el rechazo enconado del papel de vanguardia del proletariado y de la imprescindible existencia del Partido.

Admitir la adhesión siquiera circunstancial de Haya a la concepción filosófica de Marx equivaldría a considerarla como una fragmentaria colección de teorías yuxtapuestas entre las cuales puede espigar la veleidad de un ecléctico. El materialismo dialéctico —método y teoría filosófica— se verifica, en su aplicación interpretativa y transformadora de la sociedad, por la actuación del partido del proletariado, la objetivación más viva de la unidad entre la teoría y la práctica, ese núcleo vital del marxismo. Es una concepción del mundo incompatible con las aleaciones y los zurcidos de teóricos a la moda. Lenin lo dice con su habitual franquicia: el marxismo es una concepción integral del mundo, un sistema filosófico del cual brota lógicamente el socialismo de Marx.

La documentada prueba de los zig-zags sociológicos, políticos y, desde luego, biográficos de Haya de la Torre, aportada por Guardia Mayorga, testimonia de por sí, contra la autoproclamada inspiración marxista de su pensamiento.

En segundo lugar, cuando se asevera: "los apristas son filosóficamente marxistas, vale decir, dialécticamente hegelianos", se patentiza una confusión lamentable y un desconocimiento de la verdadera relación existente entre el método hegeliano y la dialéctica de Marx.

Curándose en salud, Haya escribe en una nota reciente:

"Hegel fue el egregio sistematizador de esa maravillosa concepción filosófica que con tanta frecuencia olvidan los marxistas que desdeñan suficientemente a Hegel imaginando que se puede conocer el marxismo sin conocer de verdad la filosofía hegeliana" (Haya de la Torre —"Sobre la Teoría funcional del capitalismo"). Y agrega una cita de Lenin: "No se puede comprender plenamente «El Capital», particularmente su Capítulo I, sin estudiar antes a fondo y comprender toda la Lógica de Hegel".

Haya subraya la palabra TODA. En verdad, es tonto decir que los marxistas desdeñan a Hegel, a quien consideran una de

las fuentes ideológicas del pensamiento de Marx. Hegel fue el primero en la historia de la filosofía que ofreció un cuadro completo y consecuente de las formas generales del movimiento; pero hasta el más ignorante sabe hoy, que Marx y Engels tomaron de Hegel su "médula racional", desechando la "corteza idealista" y desarrollando la dialéctica para darle su forma científica actual.

Engels indicaba que el error de Hegel consistía en que las leyes de la dialéctica no están derivadas de la naturaleza y de la historia sino impuestas a éstas como leyes de pensamiento.

¿Qué persona bien informada no conoce hoy el prólogo de Marx a la segunda edición alemana de "El Capital" donde deslinda posiciones de modo tajante y definitorio?

"Mi método dialéctico —dice— no sólo es fundamentalmente distinto del método de Hegel, sino que es, en todo y por todo, su reverso. Para Hegel el proceso del pensamiento al que él convierte, incluso, bajo el nombre de Idea en sujeto con vida propia, es el demiurgo (creador) de lo real, y éste, la simple forma externa en que toma cuerpo. Para mí lo ideal no es, por el contrario, más que lo material traducido y traspuesto a la cabeza del hombre".

La cita es harto conocida y terminante. El tema ha sido, por lo demás, estudiado y tratado con escrupulosa brillantez por Jorge Alexandrov en un notable ensayo, reeditado en América: "La médula racional en la dialéctica de Hegel".

Pero el error no consiste solamente en la identificación de los métodos de Hegel y Marx, increíble en quien se dispone briosamente a "superar" a ambos. La prueba del dominio de un método no reside tanto en exponerlo como en aplicarlo. Y cuando de ello se trata, el líder aprista demuestra permanecer ajeno no sólo a la dialéctica materialista (ver sus obras "A dónde va Indo-América", "Teoría y Táctica del Aprismo") sino a lo que en el propio Hegel es presentimiento genial en pugna a menudo exitosa con las pretensiones sistemáticas del filósofo: la concepción de la naturaleza, de la historia y del espíritu humano como un proceso contradictorio cuyo "hilo de engarce" procuró poner de relieve pese a su limitación idealista. El Hegel vivido por Haya de la Torre no va más allá de las referencias formales y hasta de léxico, accesorias en la dialéctica.

Para iluminar más este aserto, recordemos las experiencias de un brillante expositor francés, René Maublanc. Al analizar las relaciones entre Hegel y Marx dedujo erróneamente que la superación del primero por el segundo, se reducía a sustituir la teoría idealista por el materialismo, mientras el método dialéctico hegeliano se integraba intacto en el marxismo ("Hegel y Marx" — "A la lumière du marxisme" — Tomo I).

Maublanc corrigió posteriormente su error en una frase que, además de exacta, es de una notable fertilidad teórica:

"Para Hegel toda realidad se divide en triadas (Tesis-Antítesis-Síntesis); cuando ha combinado esas cascadas de triadas cree haber explicado toda la realidad que, para su desgracia, desborda

esta logomaquia. Pero Carlos Marx, después de haber sufrido la influencia de Hegel, se evadió de este esquematismo; así podría en una carta a Engels, mofarse de las tricotomías rígidas del filósofo hegeliano Stein". ("La dialectique". "II. Cours du marxisme"⁽¹⁾).

Este es un ejemplo iluminador. Haya de la Torre, pretendo superador del marxismo, no fue nunca más allá de estas "tricotomías rígidas" impuestas como un corset a la realidad. Así lo proclama su esquema de interpretación histórico-social de América de "Teoría y Táctica del Aprismo". O, para recordar un ejemplo característico, evoquemos la famosa interpretación "dialéctica" de la realidad americana y mundial sobre la que han cabalgado los más notorios apristas: "Tesis: capitalismo — Antítesis: comunismo — Síntesis: aprismo. O citemos un caso más reciente ofrecido por el mismo Haya de la Torre en su artículo "El «Rompan filas» de la III internacional", publicado al conocerse el documento de disolución de la Internacional Comunista.

Haya de la Torre escribe que esta guerra —la guerra contra el nazismo— "es la Revolución de la Revolución", la negación de lo que hasta ahora "se consideraba la expresión máxima del pensamiento y la acción revolucionaria". "Así lo prueba la Internacional Comunista al disolverse". Cuando se esperaba la revolución comunista, salió la contrarrevolución fascista —que es la antítesis de la tesis significada por la revolución rusa. Esta guerra, a su vez, es la síntesis revolucionaria europea. Por lo tanto, "el signo democrático es el signo de nuestro tiempo", "la revolución democrática va dirigida a resolver el problema de la injusticia social sin el sacrificio de la libertad". Lo que traducido del lenguaje nebuloso de Haya, nos otorga la siguiente "triade": Tesis: revolución rusa — Antítesis: fascismo — Síntesis: democracia burguesa.

Este es un ejemplo típico de lo que entiende Haya de la Torre por dialéctica.

(1) Es oportuno recordar aquí algunas vigorosas puntualizaciones de Lenin: "Engels dice que Marx jamás pensó demostrar algo con «las triadas» de Hegel; que Marx sólo estudiaba y exploraba el proceso real y el único criterio de la verdad, de una teoría, era para él su conformidad con la vida. Y si al hacerlo resultaba a veces que el desarrollo de algún fenómeno social coincidía con el esquema de Hegel —tesis-antítesis-síntesis—, esto no tenía nada de extraño, porque ello no es raro en la naturaleza en general". Y luego de reducir a una mera huella del lenguaje hegeliano, las referencias de Marx y Engels a la "triade", agrega: "...Sólo subrayaremos que quien haya leído las definiciones y descripción del método dialéctico que da Engels (en la polémica con Dühring: «Del Socialismo utópico al Socialismo científico») o Marx (en varias notas de «El Capital» y en el Epílogo a la segunda edición de «Miseria de la Filosofía») habrá visto que para nada se habla allí de las «triadas» de Hegel y que todo se reduce a considerar la evolución social como un proceso histórico natural del desarrollo de las formaciones sociales económicas..." "Las triadas quedan reducidas al papel de la tapa y de la cáscara", ("Yo he coqueteado con el lenguaje de Hegel", dice Marx en el lugar citado), papel del que sólo son capaces de ocuparse los filisteos". (Lenin: "¿Quiénes son los amigos del pueblo?").

"Dialéctica en sentido estricto —dice Lenin— es el estudio de las contradicciones contenidas en la esencia misma de los objetos". Define Lenin en esta breve acotación, lo sustancial del método dialéctico que concibe el movimiento como una lucha, como una unidad de contradicciones, interior al objeto, el cual —como todo fenómeno natural o social— se procesa así en sus términos negativo y positivo, en su pasado y su futuro, en su estado de "génesis y caducidad".

Haya de la Torre maneja esta ley dialéctica de una manera escolástica para no decir risueña. Toma el esquema hegeliano: "Tesis-Antítesis-Síntesis", y lo impone al devenir histórico, reconstruyéndolo a su manera, subordinado al propósito perseguido. Se "organiza" los datos de la historia soñando que le sirvan de pedestal. Procede con la realidad americana como esos jugadores de solitario que hacen trampas...

La dialéctica se vuelve así un galimatías insustancial, castrada su eficacia metodológica, reflejo en el marxismo de la cambiante y viva autodinámica del ser. Su "Teoría y Táctica del aprismo" hace recordar el mordaz latigazo de Marx sobre las "tricotomías rígidas" o "leñosas" de Stein.

Lenin anotó en sus célebres cuadernos que la "triplicidad" era lo externo y formal de la dialéctica. En esta epidermis se extravía el político aprista.

No es extraño, entonces, que, obsesionado por demostrar sus diferencias con el comunismo y negar la función de vanguardia del proletariado, en vez de captar el proceso real, la objetividad de la ley dialéctica, procure adecuar las contradicciones a sus planes, para condicionar finalmente el proceso histórico tan pronto a la raza, como a la política, o a la geografía..., al final siempre a Haya de la Torre.

III

DIALECTICA Y RELATIVISMO

En pos de una filiación es posible afirmar ya que el líder del Apra no ha seguido como pretende, una "línea de inspiración marxista"; ni ha forjado su pensamiento en la plasticidad infinita del método dialéctico. Sus desarrollos han oscilado entre el relativismo y la mutilación de la realidad, violentada en el molde de arbitrarios esquemas. Se explica así la presencia infaltable de Spengler —mencionada o latente— en todos sus trabajos. Es que Spengler, el más objetable exponente del relativismo, signó profundamente su pensar durante la residencia en Alemania. Lo confiesa el mismo Haya.

"Cuando llegué a Alemania —escribe— la mentalidad de aquella nación tan grávida de cultura se debatía entre dos magníficas concepciones: por un lado Spengler con su "Decadencia de Occidente"; por el otro lado, Einstein, con su "Teoría de la

Relatividad"; el mundo de la historia y el mundo de la física" (el subrayado es nuestro. - R. A.).

Anotemos, de paso, dos hechos que configuran una actitud teórica:

1) El arribo y la permanencia de Haya de la Torre en Alemania abarca el trecho que va de los años 28 al 31, cuando el hitlerismo ascendía como la turbia estrella del renacimiento de los sueños imperiales germanos y como el depositario de las intrigas para promover una nueva guerra agresiva y antisoviética, tejidas por el capital financiero internacional; 2) el juicio de admirada y elogiosa calificación a Spengler se formula en nuestros días, cuando ya nadie puede dudar que "La Decadencia de Occidente" constituyó el más acabado documento literario de una hora de descomposición social, llamada a ser negada violentamente por las nuevas formas sociales o a frutecer ineluctablemente en el bandolerismo hitlerista. Ello es más sintomático si advertimos que Haya, si bien califica de "estático" y de "antidialéctico" al "relativismo spengleriano" se detiene deslumbrado y otorga: "Sin embargo, *no podría negarse absolutamente a Spengler*"⁽²⁾. Él había dicho que era relativista y que era absurda aquella división de la historia en Antigua, Media y Moderna; que había un paralelismo entre las tres culturas: la Apolínea o Antigua, la Mágica o Árabe y la Occidental o Fáustica. Que esta cronología fracasaba dentro de una nueva concepción organicista y que cada una de estas grandes culturas había tenido sus períodos de crecimiento, de plenitud y de decadencia".

Haya no niega que Spengler sea una raíz en sus pensamientos; sólo aspira a mejorarlo —integrarlo más bien— en una totalidad decorada por los nombres de Hegel, Marx y Einstein, adobados adecuadamente.

Así, cuando Haya habla de relativismo, confunde a sabiendas la teoría de la relatividad de la física con el relativismo filosófico y a ambos con la dialéctica. Y lo que es peor, identifica la idea elementalmente correcta de la relatividad de los hechos históricos con la concepción del desarrollo dialéctico, imagen del automovimiento en la naturaleza y en la historia. Por un truco de timador profesional confunde la acepción común de la palabra con su sentido sistemático filosófico.

Spengler —voz erudita de la descomposición imperialista que engendró el nazismo, que saltara del pesimismo relativista de los ciclos culturales a gritar la alborozada esperanza en Hitler en el prólogo de "Años decisivos"— resume así su visión de la historia: "Yo veo en la historia universal la imagen de una eterna formación y deformación, de un maravilloso advenimiento y perecimiento de formas orgánicas. El historiador de oficio, en cambio, concibe la historia a la manera de una tenia que incansable-

(2) El Spengler de "La Decadencia de Occidente" no puede separarse del de "Años Decisivos". Uno es el llamado a la muerte heroica de los "caballeros" del sistema capitalista en ruinas; el otro es la esperanza en salvarse si se confía en la ferocidad de un Hitler.

mente va añadiendo época tras época" ("La Decadencia de Occidente").

Para el lector desprevenido o para el ecléctico sin principios, es fácil confundir esta afirmación relativista con la definición ya clásica de la dialéctica: que "enfoca las cosas y sus imágenes conceptuales, substancialmente en sus conexiones mutuas, en su entronque y concatenación, en su dinámica, en su proceso de génesis y caducidad". (Engels, "Socialismo Utópico y Socialismo Científico").

Pero, ¿qué publicista honesto podría reunir estas dos ideas del desarrollo histórico como afluentes de un cauce común? ¿Qué tiene que ver el alumbramiento y muerte de culturas en sus cerrados ciclos autonómicos, coexistiendo en la escena universal, con la teoría que concibe la historia desarrollándose en un proceso de crecimiento, en que los cambios cuantitativos graduales engendran profundas revoluciones, saltos cualitativos, nuevas épocas históricas, en una evolución de lo simple a lo complejo, de lo inferior a lo superior, que asemeja el derrotero histórico a una inmensa espiral?

Toda concepción relativista es antidualéctica. Conduce a concebir la historia como una fragmentaria superposición de épocas que se cierran en sí mismas —"como ataúdes" dijera Splenger—, mientras el hombre corre tras una mítica y eterna procura de la verdad. Se llega así a proclamar la falencia esencial de todo conocimiento humano y a contemplar el mundo como la infinita sucesión de ciclos efímeros, cuya única virtud es ser el deslumbrador espejismo de una época. Haya de la Torre no repite exactamente —cuando de palabras se trata— esta desoladora visión relativista, entre otras cosas, porque cultiva un teatral mesianismo personal. Pero no escapa a ella, pese a que declare el propósito de incorporar "esta dinámica relativista a la dialéctica determinista considerada como negación y continuidad de sus procesos". En verdad, lo que hace es trasladar el relativismo desde la sucesión cronológica a los límites de hipotéticas "coordenadas" históricas (en el sentido einsteniano de la expresión), el "punto de observación", el "espacio-tiempo histórico". denominación ésta de virtudes mágicas que le obvia toda dificultad polémica y que ha obtenido por el traslado de la teoría física de Einstein sobre la unidad del espacio y el tiempo, al universo de la historia. Esta transposición le permite desembarazarse de Marx —y de los marxistas— en todo el vasto escenario del hemisferio y en el ámbito conmovido de nuestro tiempo.

"Marx como Hegel — escribe— desde ángulos y momentos diferentes, están siempre ubicados dentro del Espacio-Tiempo histórico europeo. La filosofía de cada uno de ellos es la «Filosofía de su época», ceñida a su realidad intransferible. Nosotros, ante la concepción marxista de la historia tenemos que formular este dilema: o es eterna, en cuyo caso no podemos discutirla, o no es eterna, en cuyo caso también está llamada a perecer".

Vayamos por partes. Hemos afirmado que toda concepción

relativista es antidualéctica. Ya Hegel había advertido que en cada avance del conocimiento científico, relativo e insuficiente, había algo de absoluto. La historia del conocimiento —historia de la lucha del hombre por revelar y transformar en conciencia las leyes de la realidad— ofrece en cada época un "cuadro de lo absoluto" sujeto a nueva superación. Cada jalón significa así una conservación y negación al tiempo y en un plano superior, del precedente. La historia del conocimiento es la historia de la aproximación eterna del hombre a la verdad, la unidad relativo —absoluta de ésta o, dicho de otra manera, el avance de verdad en verdad. El conocimiento se identifica así con su propia historia. Es infinito e inagotable como ella; es la eterna peripecia de la aprehensión consciente por el hombre de las leyes naturales e históricas; es el proceso que va, a través de verdades relativas siempre más aproximadas, al conocimiento colectivo, por la humanidad, del mundo objetivo.

"Cada escalón del desarrollo de la ciencia —anota Lenin— aporta nuevos granos a esta suma que constituye la verdad absoluta; pero los límites de verdad de cada tesis científica son relativos, ora dilatándose, ora restringiéndose, por el desarrollo sucesivo del saber".

Ningún sabio, ningún filósofo puede pretender que en él concluye la aventura insaciable del conocimiento humano. Ni en su sistema puede concluir toda teoría, ni puede adjudicarse una labor que cumple y puede cumplir solamente el conjunto del género humano.

La dialéctica encarna así los fundamentos de un método que excluye todo dogmatismo, toda pretensión pontificante. Esta es su fuerza científica y su omnilateralidad. Pero esta fuerza teórica y este rigor científico, como su espíritu creador, se conservan en la fértil interacción con la práctica. La dialéctica es científica y teóricamente inagotable cuando es materialista, cuando es el reflejo exacto de la dialéctica del ser y, por lo tanto, el instrumento previsor de transformación de la realidad.

El relativismo, por el contrario, presupone una conciencia "mistificada" —en el alcance asignado por Marx a la expresión— de la realidad; al negar la posibilidad de existencia del mundo objetivo confiere a la abstracción ideológica la objetividad propia de lo real. Deduce de la relatividad histórica del conocimiento científico la inexistencia de la verdad objetiva, la ausencia de un "modelo" exterior a nosotros e independiente de nuestras posibilidades técnicas (relativas) de conocimiento.

Para el dialéctico materialista los nuevos descubrimientos sobre la materia —por ejemplo— significan un adelanto, a través de verdades relativas, hacia un conocimiento pleno de su estructura, adelanto que corresponde a una verdad real, objetiva, verificable por la práctica social humana. Ya Lenin indicaba que el envejecimiento de una determinada idea física sobre la estructura material, no invalida la teoría filosófica materialista: "La materia es una categoría filosófica que sirve para designar la realidad

objetiva dada al hombre en sus sensaciones, realidad que es copiada, fotografiada, reflejada, por nuestras sensaciones, pero cuya existencia es independiente de ellas". Para el relativista cada descubrimiento físico —molécula, átomo, electrón...— ¿qué traerá mañana la perfectibilidad eterna de los instrumentos?—, es una prueba de la inexistencia de la materia, del debatirse infinito del hombre con sus propios fantasmas. "Sólo hay verdades en relación a una humanidad determinada" —escribe Splenger. Generalizando este juicio a todo conocimiento y a toda acción humana, se configura exactamente el alcance del enfoque relativista.

En fin, tomemos de referencia un caso relacionado a este debate: para el dialéctico, el descubrimiento einsteiniano de la unidad del espacio y el tiempo y de la relación de ambos con el movimiento —que funda la teoría de la Relatividad y desplaza las tesis de la Mecánica clásica de Newton— constituye un formidable aporte científico para un conocimiento más profundo de la realidad material, verificador, en el campo de la física, del materialismo dialéctico que concibe el espacio y el tiempo como formas de existencia de la materia en movimiento. "Nuestras ideas en perpetuo desarrollo sobre el espacio y el tiempo —escribe Lenin— reflejan al tiempo y al espacio objetivamente reales". El relativista —por el contrario— bien puede llamarse Haya de la Torre— toma la teoría física einsteiniana de la relatividad del espacio y el tiempo revelada en el movimiento y, por un juego de prestidigitación, la transforma en la prueba del relativismo filosófico, vale decir, de la negación de la objetividad del movimiento, del espacio y del tiempo, y, por lo tanto, de la posibilidad objetiva del conocer. Dicho de otra manera: partiendo del carácter relativo de las formas del movimiento, niega su existencia que es absoluta. "El cuadro del mundo es el cuadro de cómo se mueve... y cómo piensa la materia" —escribe Lenin...

Como se ve, no es posible ser a un tiempo relativista y dialéctico, aunque esa mezcla nos permita proclamarnos el genio de la época, llamada a salvar al marxismo de su congelamiento.

Aparte del notorio antagonismo teórico —el relativismo es idealista—, lo separa de la dialéctica su incapacidad para comprender la ley objetiva de la "negación de la negación", esa ley que es medular en la dialéctica y que tanto gusta citar Haya de la Torre.

Resumiendo: como indicaba Lenin: "...la dialéctica materialista implica incondicionalmente el relativismo; pero no se reduce a él, es decir: reconoce el carácter relativo de todas nuestras nociones; pero no en el sentido de negar la verdad objetiva, sino en el sentido históricamente condicional de los límites de aproximación de nuestros conocimientos hacia esa verdad".

IV

LA VITALIDAD DEL MARXISMO-LENINISMO

Pero, si no es posible asimilar la "dinámica relativista" a la dialéctica sin incurrir en el pecado de remiendo filosófico más conocido por eclecticismo, menos aún se puede parlotear sobre el "congelamiento" del marxismo-leninismo, *leit-motiv* hayista que adquiere a menudo el tono de un grosero desborde verbal:

"El error de los marxistas ortodoxos y fanatizados radica en su afán de introducir el marxismo en un frigorífico marca Dictador y conservarlo ahí, por congelamiento, contra todo riesgo de cambio. Tal procedimiento puede utilizarse con la carne muerta de una res por necesidad alimenticia o por devoción o idolatría, tratándose de un cadáver prócer y reverenciado... Pero no con una doctrina". ("Sobre la Teoría Funcional del Capitalismo" —Haya de la Torre).

Dejemos a un lado la alusión insolente destinada a la sonrisa benévola de los barones extranjeros de las "corporations" a fin de hacer olvidar pasadas piruetas. Descarnemos el aspecto puramente teórico de la apreciación.

¿Ha sufrido el marxismo un proceso de sistematización dogmática, de congelamiento o petrificación que exija un proceso superador? La historia no plantea enigmas que no pueda resolver. Frente a las limitaciones de un Hegel promueve la doctrina de un Marx. ¿La respuesta histórica a Marx es Haya de la Torre?

Frustramos la natural sonrisa que sube a los labios y descabecemos la idea alegre e impertinente de que la historia se ha permitido un súbito ataque de mal gusto. Admitamos como sería la pretensión del Jefe aprista. ¿Cuál fue la limitación histórica de Hegel y cuál fue el alcance de su superación por Marx?

"El sistema de Hegel —dice Engels— fue un aborto gigantesco; pero el último de su género. En efecto: seguía adoleciendo de una contradicción íntima incurable, pues, mientras que por una parte arrancaba como supuesto esencial de la concepción histórica según la cual la historia humana es un proceso de desarrollo que no puede, por su naturaleza, encontrar remate intelectual en el descubrimiento de eso que llaman verdades absolutas, de la otra, se nos presenta precisamente, como suma y compendio de una de esas verdades absolutas. Un sistema universal y cerrado definitivamente plasmado, en que se pretende cifrar la ciencia de la naturaleza y de la historia, es incompatible con las leyes fundamentales de la dialéctica; lo cual no excluye sino que lejos de ello, implica que el conocimiento sistemático del mundo exterior en su totalidad puede progresar gigantescamente de generación en generación". ("Socialismo Utópico y Socialismo Científico" —Engels).

El chapaleo del líder aprista en los rasgos formales de la dialéctica que encubre su verdadero pensamiento modelado por las más dudosas afluencias relativistas del tipo de Spengler, le

impiden advertir la imposibilidad de que el marxismo incurra en la misma contradicción. La dialéctica marxista ya no es como en Hegel, una imposición lógica a la realidad; es un método para revelar las leyes procesales de dicha realidad; es una herramienta de descubrimiento y transformación de la naturaleza y de la historia, eternamente enriquecida por el eterno movimiento de la dialéctica del ser. No en balde, Marx la definió como la ciencia de las leyes generales del movimiento tanto de la naturaleza y de la sociedad como del pensamiento humano.

Su piedra angular es la tesis —polémicamente tan difundida por Lenin— de que la verdad es siempre concreta. Este enfoque dialéctico de la verdad obliga a un trabajo sobre los hechos, a la investigación de las condiciones particulares de cada proceso, al descubrimiento de sus leyes interiores, de las tendencias de su desarrollo. El método dialéctico permite formarse así, una imagen ajustada y profunda de la realidad, prever por el conocimiento de las tendencias fundamentales de la evolución, el giro posterior de los acontecimientos, advertir en el interior azaroso del presente los desnudos contornos del futuro y contribuir a su alumbramiento. Estamos, pues, tan lejos de un empirismo estrecho, como de la pretensión subjetivista de modelar al mundo en sus conceptos o hacerlo a su imagen y semejanza.

“Para ser un buen dialéctico —subrayaba un notable expositor soviético— hace falta unir el conocimiento de las leyes generales de la evolución al análisis concreto de la realidad”. (“El método dialéctico-materialista” — M. Rosental).

Ciencia de las leyes generales del movimiento, tanto del mundo exterior como del pensamiento humano, no erige un parapeto en cada resultado contra las nuevas y hostigantes proposiciones de la realidad. Por el contrario: les abre paso partiendo de esos mismos resultados. Es que la expresión dialéctica —desde Marx y Engels— si bien denomina un método de razonamiento, expresa primordialmente el modo de existir de toda realidad. La eficacia metodológica reside, precisamente, en su capacidad de revelar la dialéctica del ser y contribuir a realizarla, realizando al tiempo la propia existencia humana.

Aquí reside su plasticidad real, inseparable de su rigorismo científico. Sobre este rasgo se construye la médula del método dialéctico, la “actividad práctico-crítica”, reclamada por Marx en su más debatida Tesis sobre Feuerbach y que encierra el acierto en la explicación del mundo a condición de que sea simultánea con su transformación, es decir, que la teoría se edifique en contradictoria unidad con la práctica. No en balde ha podido afirmar Lenin, mil y una vez, que el marxismo no es un dogma, sino un guía para la acción.

Este carácter vivo y creador —severamente científico— de la dialéctica materialista, permite la existencia de una ciencia social, de una sociología elevada a la condición científica. No porque a la manera positivista se autoasigne este carácter, sino porque su enfoque de la realidad le permite actuar con el mismo austero e

insobornable rigor que es procedimiento y virtud de las ciencias naturales.

En la memoria de todos está el parangón que hiciera Engels ante la tumba de su entrañable amigo, entre la concepción materialista de la historia y los descubrimientos de Darwin en el campo de la biología. No había en sus palabras —la emoción no perturbaba la ecuanimidad del sabio— el prurito de establecer un paralelismo de estaturas entre dos gigantes contemporáneos. La similitud no residía en la dimensión de los hombres, sino en el alcance de sus descubrimientos. Darwin cimentó la biología sobre fundamentos científicos al formular la ley de la evolución de las especies. Marx —como lo recordaría Lenin en su acoso a Mijailovski de “¿Quiénes son los amigos del Pueblo?”— coloca también la sociología sobre bases científicas al postular el concepto de “formación económico-social” como conjunto de determinadas relaciones de producción, “al establecer que el desarrollo de estas formaciones constituye un proceso histórico-natural”.

Al arribar a esta hipótesis genial expuesta en páginas antológicas en su célebre Prefacio a la “Crítica de la Economía Política”, Marx abría la posibilidad de un estudio objetivo del proceso social, liberaba la historia del caos, la sometía al ojo del investigador, permitía analizar el desenvolvimiento de la sociedad humana más allá del capricho y las capacidades de los grandes y pequeños hombres.

Hasta Marx los sociólogos e historiadores procedían como si la eglógica utopía roussoniana del “Contrato social” presidiese el derrotero histórico, como si los hombres, de manera consciente, acordaran un tipo determinado de relaciones sociales. “Jamás ha sucedido —dice Lenin— ni sucede que los miembros de la sociedad se representen el conjunto de las relaciones sociales en que viven como algo determinado, integral, penetrado de uno u otro principio”...

Cuando Marx establece su hipótesis y luego la verifica en ese inigualado monumento teórico que es “El Capital”, de que la existencia social precede y condiciona la conciencia —“única conclusión compatible con la psicología científica” acota Lenin— la sociología deja de ser una elucubración para trocarse en una ciencia. Desde entonces, hay una medida objetiva para valorar los fenómenos sociales, para extraer el hilo del acaecer histórico. En vez de enjuiciar un acontecimiento de modo “apriorístico”, a la luz de tal recoveco cerebral de un expositor cualquiera, se debe estudiarlo como un “proceso histórico natural”, que se desenvuelve objetivamente, más allá e independientemente de la conciencia de los hombres. Desde luego: son los hombres los que hacen la historia, pero no la hacen a su capricho, sino dentro de un marco de determinadas condiciones sociales materiales, dentro de una determinante histórica. No es éste, por lo demás, el aspecto en discusión.

“El materialismo ha proporcionado —escribe Lenin— un criterio completamente objetivo, al destacar las relaciones de pro-

ducción como estructura de la sociedad y al permitir que se aplique a estas relaciones el criterio científico general de la repetición cuya aplicación a la sociología negaban los subjetivistas. Mientras se limitaban a las relaciones sociales ideológicas (es decir, relaciones que antes de establecerse pasan por la conciencia de los hombres; es decir, se entiende que se trata de la conciencia de las "relaciones sociales" y de ninguna otra) entre los hombres, no podían advertir el proceso de repetición y regularidad de los fenómenos sociales en los diversos países, y su ciencia se limitaba, en el mejor de los casos, a recopilar materia prima. El análisis de las relaciones sociales materiales (es decir, relaciones que se establecen sin pasar por la conciencia de los hombres: al intercambiar productos, los hombres contraen relaciones de producción, aun sin tener conciencia de que en ello reside una relación social de producción), permitió inmediatamente observar el proceso de repetición y regularidad, sintetizando los sistemas de los diversos países en un solo concepto fundamental de "formación social". (Subrayado nuestro. — "¿Quiénes son los Amigos del Pueblo?" — Lenin).

En una palabra, al arribar al concepto de "formación social" el materialismo histórico permitió la existencia de una sociología científica: encontró una base objetiva para el estudio, comparación y diferenciación de cada sociedad, para el examen de sus rasgos generales, comunes a diversos países, y de sus características peculiares, inconfundibles, es decir, verificó la aplicación en el campo de las relaciones humanas del criterio de la repetición empleado en las ciencias naturales; y, al reducir toda la superestructura social e ideológica a las relaciones de producción, consideradas como su base real y medidas por el desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas, otorgó un fundamento efectivo para enfocar el desenvolvimiento de cada formación social como "un proceso histórico natural".

Estamos, pues, siempre con la buena ayuda de Lenin, otra vez en el punto de partida: el estudio marxista de la realidad social excluye toda posibilidad dogmática, todo endurecimiento escolástico, toda "congelación".

¿Reclama, entonces, el materialismo dialéctico, y su aplicación social, el materialismo histórico, una revisión, para poder abarcar y comprender lo que acontece en el continente suramericano?

¿O es el único método y la sola teoría en condiciones de iluminar la cara de América y otorgar una idea exacta del instante histórico en que vive, facilitando, al mismo tiempo, los elementos para su transformación?

Las consideraciones anteriores obvian la respuesta pormenorizada. El marxismo-leninismo —único marxismo de nuestro tiempo— es el solo método capaz de permitirnos el airoso desempeño de la tarea. Y así es porque no pretende imponer dogmáticamente conclusiones, sino extraerlas del estudio de las relaciones de producción existentes y del grado de desarrollo de las fuerzas pro-

ductivas⁽³⁾ —condicionantes de una etapa del desarrollo social y, por lo tanto, de un determinado alineamiento de clases—. Sobre este fundamento real, se verifica la preeminencia del resabio feudal en América, soldado al dominio imperialista, que asfixia su existencia económica, traba el desarrollo capitalista y mantiene a las masas en condiciones sociales y culturales lamentables. Establecido el cuadro real y la línea del desarrollo, se advierte en función de los mismos, qué clases —y, por ende, qué Partidos y qué hombres— son susceptibles de acampar en las filas del atraso y la opresión nacional y cuáles acompañarán al proletariado y hasta qué trecho, en la gran faena histórica de alumbrar el porvenir.

¿Es ésta una apreciación dogmática, fruto marchito de "un marxismo congelado", conservado en una cámara fría tal como lo incubara Marx, "inmóvil en su ángulo de observación europeo", en su "Espacio-Tiempo histórico", distinto del americano? ¿O es, por el contrario, un examen científico, vivo, multilateral, de la realidad americana?

Un raciocinio elemental permite afirmar lo segundo. Y a la inversa, resulta arbitrario, amañado pergeño de un elucubrador abstracto y ambicioso, el andamiaje levantado por el señor Haya de la Torre para justificar su predestinado papel de salvador de la Indo-América.

El marxismo no aparece, pues, en ningún instante como un "sistema universal y cerrado". No puede serlo.

En la experiencia aleccionadora y múltiple de nuestro tiempo hemos asistido a una brillante demostración práctica de que la fidelidad a su espíritu sólo puede tener un carácter creador. Lenin —cúspide del pensamiento marxista del siglo— ha continuado y enriquecido en las nuevas condiciones históricas (no negado o superado) la obra de Marx y Engels. Es conocida la definición del leninismo —es decir, lo nuevo que Lenin agregara a la doctrina de Marx y Engels— como el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria. Lenin, marxista, es decir, sostenedor de la concepción del mundo de Marx, incorpora al acervo común la experiencia generalizada de su época tanto en el campo de la ciencia social como en la verificación de los nuevos descubrimientos físico-naturales. En su entrevista con los obreros americanos del 9 de setiembre de 1927, Stalin puntualiza que si bien Lenin no agregó ni suprimió ningún principio al marxismo —sabido es que fue el más consecuente adversario de todos

(3) "La situación económica es la base, pero los diversos factores de la superestructura que sobre ella se levanta —las formas políticas de la lucha de clases... las constituciones... las formas jurídicas, e incluso los reflejos de todas estas luchas reales en el cerebro de los participantes, las teorías políticas, jurídicas, filosóficas, las ideas religiosas y el desarrollo ulterior de éstas hasta convertirse en un sistema de dogmas— ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas y predeterminan muchas veces su forma. Es un juego mutuo de acciones y reacciones entre todos estos factores..." (Engels - "Carta a Bloch").

los revisionismos— lo aplicó de manera creadora, enriqueciéndolo en numerosos y fundamentales problemas.

No es accidental, sino lógico y natural, que en el texto de historia del Partido Comunista de la Unión Soviética se insista, a la luz del trabajo de Lenin, en que la teoría marxista-leninista no puede considerarse como un conjunto de dogmas, como un símbolo de fe, ni a los marxistas como eruditos pedantes y exégetas. La teoría marxista-leninista es la ciencia del desarrollo de la sociedad, la ciencia del movimiento obrero, la ciencia de la revolución proletaria, la ciencia de la edificación de la sociedad comunista. Y, como ciencia, no está ni puede estar estancada, sino que se desarrolla y se perfecciona. Es evidente que en su desarrollo, *no puede por menos de enriquecerse con la nueva experiencia, con los nuevos conocimientos y que algunas de sus tesis y conclusiones no pueden por menos de cambiar a lo largo del tiempo*, no pueden por menos de ser reemplazadas por nuevas tesis y conclusiones, con arreglo a las nuevas condiciones históricas.

La vitalidad de un pensamiento se verifica en las horas de bruscos virajes, contrastada violentamente por la realidad. Un pensamiento estancado o una concepción dogmática estallan en pedazos como el cristal sometido a una elevada temperatura. En la realidad de nuestro tiempo han probado los marxistas-leninistas que se mantenían fieles al espíritu creador que es alma de la dialéctica. Puede decirse que en ningún instante histórico la humanidad rindió mayor homenaje a una concepción del mundo que el ofrecido prácticamente, en esta guerra, por los pueblos, a la filosofía de Marx.

En una confrontación de hierro y sangre del pensamiento con la realidad, como ha sido ésta, salen robustecidos solamente las ideas verdaderas, las que se ajustan a una descripción correcta de los hechos, las que traducen las fuerzas en germinación del proceso social. Y aunque con presuntuosa malintención afirma Haya de la Torre que el “devenir seguía su curso fuera de los itinerarios de la III Internacional”, la historia reciente ha demostrado que la única teoría victoriosa, que previó los acontecimientos —si bien en ciertos momentos no pudo moldearlos por no haber encarnado en las masas— fue el marxismo-leninismo. Pese a las preferencias del terror y a la elevada cuota del sacrificio, los únicos Partidos que crecieron torrencialmente fueron los Partidos Comunistas, sustentadores fieles del marxismo-leninismo. Es que ello ha equivalido a un veredicto histórico.

Y damos de barato que el señor Haya de la Torre —pese a sus furias antisoviéticas— reconozca el sentido vivo del marxismo-leninismo en la URSS, cimiento ideológico de la nueva humanidad, factor primordial de la presente historia del mundo, excavador de corrientes inéditas de la energía creadora del hombre en la ciencia, en el arte, en la industria y en el alma humanas, en “las montañas y en los hombres” para emplear el bello título de Ilin.

No obstante, para satisfacer al audaz “superador” peruano, dediquemos capítulo aparte a examinar su respuesta al documento inapelable del tiempo que corre.

V

LA TEORIA DEL ESPACIO-TIEMPO HISTORICO

Ya lo dijimos. Se trata de una superación del marxismo cuyo punto nodular estaría marcado por la “teoría de la Relatividad” y que logra su desenvolvimiento pleno al aplicarse dicha teoría a la estimación de los hechos históricos.

“El marxismo negó al hegelianismo por continuidad dialéctica. Hoy el marxismo es negado también, por las mismas motivaciones de dinámica histórica. Estas negaciones no son absolutas, simplistas. Están relativizadas. Y con esta palabra a la que damos su contemporáneo y sustancial significado científico-filosófico, incidimos en la relatividad que, elevada de la Física y la Cosmología a la Filosofía, adquiere el valor fundamental de un nuevo modo de ver la historia... Así llegamos a la concepción del Espacio-Tiempo histórico”. (Haya de la Torre —“Sobre la Teoría Funcional del Capitalismo”—. Cuaderno Americano, N° 4, 1945).

¿Qué alcance tiene la teoría del Espacio-Tiempo histórico?

Haya de la Torre nos la define:

“Si la nueva física nos da un nuevo rumbo para la estimativa del fenómeno físico, si el fenómeno observado desde un ángulo no es idéntico al mismo fenómeno observado desde otro ángulo, si la realidad nos está demostrando que estos hechos son inobjetables, ¿cómo vamos a pensar que la filosofía no va a tener en cuenta estos conceptos? ¿Y cómo vamos a pensar que la filosofía de la historia no va a aplaudir esta línea fundamental en la concepción misma del universo?”

“Entonces nos permitimos insinuar nosotros: todo fenómeno histórico varía según el ángulo de observación desde el cual se le contempla y valora, todo fenómeno histórico es indescifrado del Tiempo y el Espacio en que se producen y hay un tiempo y un espacio europeo, un tiempo y un espacio americano. Pero ese Tiempo y ese Espacio son indescifrados del movimiento o sea del ritmo histórico y todos los ritmos históricos no marchan a la misma velocidad... Así como la velocidad de la luz marca el máximo de cualquier movimiento, así también en la Historia, los pueblos que marchan a mayor velocidad en el avance de la civilización y la cultura son los pueblos luz, los pueblos que nos servirán para medir las demás velocidades de los otros pueblos. (Subrayados nuestros).

Tocamos aquí la médula de la exposición hayista; estamos ante su caballo de batalla; ante el “sésamo ábrete” de las puertas

de la gloria; frente al descubrimiento que hace de Haya de la Torre el comensal teórico habitual en la mesa de Marx, Hegel y Einstein; en la teoría del Espacio-Tiempo histórico...

* * *

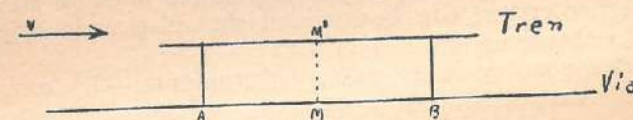
Recordemos, de una manera muy sucinta y popular, lo sustancial de la teoría de Einstein, que diera base para que Haya de la Torre se volviera el Cristóbal Colón del revisionismo americano. Einstein ha aportado a la Física contemporánea —como es notorio— la “teoría de la Relatividad” cuya piedra angular es la teoría del Espacio y del Tiempo. Frente a las viejas concepciones de Newton que consideraban el Tiempo y el Espacio como absolutos, es decir, transcurriendo siempre de la misma manera y siempre iguales a sí mismos, respectivamente, Einstein afirmó que: “si dos cuerpos (o dos sistemas de cuerpos) se mueven uno respecto al otro, el tiempo transcurre de distinta manera sobre ambos y que también, de igual modo, difieren las correlaciones espaciales”. Einstein comprobaba así la existencia de una unidad y mutua relación entre el espacio y el tiempo y que ambos, a su vez, son relativos al movimiento de la materia. Esta teoría no refuta el carácter objetivamente real del espacio y el tiempo, pero los considera relativos, en su representación, al punto de vista del observador; esta relatividad se manifiesta en el movimiento. Mientras Newton consideraba el tiempo y el espacio como realidades autónomas, existentes en sí mismas e independientes de la materia, esta nueva teoría se funda en el hecho de que, desde el punto de observación de cuerpos diversamente en movimiento, la extensión y la duración se representan de manera distinta. Los diferentes puntos de vista se denominan “coordenadas” o “sistemas de referencia”.

Considerando la velocidad de la luz —300.000 kms. por segundo— como constante, esta velocidad nos sirve como medida para la velocidad del movimiento. Einstein demostró, asimismo, que lo que es simultáneo en los diversos sitios de uno de los cuerpos que se mueven en relación a otro, no lo es para el observador situado en este último. Este relativismo de la simultaneidad, Einstein lo demuestra con el siguiente ejemplo:

“Supongamos que sobre nuestro cuerpo de referencia marche un tren muy largo sobre los carriles, siempre con velocidad constante, y en dirección determinada; los hombres que viajan en él encontrarán ventajoso tomar el tren como cuerpo de referencia, y, en consecuencia, referirán a él todos los fenómenos. Cualquier fenómeno que acontezca en un punto del carril acontece también en un punto del tren, y respecto a éste puede también definirse la simultaneidad de la forma que lo hicimos antes. Ahora bien, dos sucesos que son simultáneos respecto a la vía (por ejemplo las descargas eléctricas A y B) ¿son también simultáneos respecto al tren? Vamos a ver que la contestación es negativa. En efecto, decir que los rayos A y B son simultáneos respecto a la vía equi-

vale a decir que los rayos luminosos que parten de ellos se encuentran en M punto medio del segmento sobre la vía; ahora bien, sobre el tren corresponden a los puntos A, B, otros dos cuyos punto medio M' suponemos coincide con M en el momento de brillar el relámpago (visto naturalmente desde la vía), pero se mueve con velocidad V y hacia la derecha. Si un observador permanece fijo en M, presenciara simultáneamente el encuentro de los rayos que vienen de A y B pero, en realidad, M' corre al encuentro del rayo luminoso que parte de B y se aleja de A; por consiguiente, este observador percibe antes el rayo B que el A, y como su cuerpo de referencia es el tren, afirmará que la descarga se ha producido en B antes que en A. Así llegamos a los siguientes resultados:

Fenómenos simultáneos respecto a la vía no lo son respecto al tren (Relatividad de la simultaneidad). A cada cuerpo de referencia (sistema coordinado) corresponde un tiempo propio, y dar un tiempo carece de significación si a la vez no se da el cuerpo a que está referido. (A. Einstein. “La Teoría de la Relatividad al Alcance de Todos”) (4).



Ejemplo ofrecido por Einstein

Es bueno recordar este ejemplo. El es utilizado con frecuencia por Einstein, y sobre todo, está presente en todas las explicaciones que nos ofrece Haya de la Torre, y aunque no lo mencione, su sombra se proyecta entre líneas cada vez que enfrenta al marxismo-leninismo, trasluciendo el afán de demostrar que Marx se ha quedado en la vía o en el andén europeo, mientras Haya corre elegantemente, ubicado en el “sistema de coordenadas” del tren americano...

¿Cómo traslada Haya de la Torre la Teoría de la Relatividad a la valoración de los hechos históricos?

“Recordemos —dice Guardia Mayorga— que los elementos fundamentales del relativismo einsteniano, en lo que se refiere al Tiempo y al Espacio, son el observador, el suceso observado, la velocidad constante de la luz y los sistemas de referencia. En el «Espacio-Tiempo histórico» se sustituye el observador por el historiador; el suceso observado por el desarrollo de cada «Pueblo continente» en su «Espacio-Tiempo histórico» y la velocidad cons-

(4) Sobre la Teoría de la Relatividad y el marxismo, aconsejamos entonces —1945— el interesante artículo de Kursanov, traducido por la revista “Dialéctica” de Cuba.

Cuando escribiéramos este folleto, la literatura marxista era escasa en cuanto a este tema. Hoy es posible estudiarlo en numerosos libros. Destacamos “Fundamentos de la filosofía marxista” por Konstantinov, y otros. Y V. I. Sviderski, “Espacio y Tiempo”, por su carácter a la vez profundo y accesible.

tante de la luz por los «pueblos-luz», o sea aquellos pueblos que han alcanzado su máximo desarrollo».

Este traslado arbitrario, con algo de juego de ingenio y mucho de mistificación, de un descubrimiento físico a la calidad de ley de todo desarrollo histórico, le facilita a Haya de la Torre la aventura increíble. Así, cuando no se proclama el único marxista a fin de capitalizar el encandilante prestigio del maestro de Tréveris, declara al marxismo la superada visión correspondiente al «Espacio-Tiempo europeo» del siglo XIX. «Inmóvil en su ángulo de observación europeo —escribe— Marx dio a esa inamovilidad un signo de su genialidad. Pero esa inamovilidad del observador al desplazarse el marxismo como praxis mundial a otros Espacio-Tiempo históricos, cae en una limitación cerradamente dogmática». «Marx como Hegel, desde ángulos y momentos diferentes, están así, siempre, ubicados dentro del Espacio-Tiempo europeo...»

Pocas veces ocurre encontrarse ante una más grotesca simplificación del fenómeno histórico. La historia universal —y la existencia íntegra del mundo en cada época— se ata de este modo al ámbito impreciso y arbitrario de los llamados «Pueblos-Continente»⁽⁵⁾. Y sobre la validez de cada juicio pesa no su confrontación práctico-crítica con la realidad sino el pecado original del «ángulo de observación».

Con esta concepción se va indistintamente —los extremos se tocan— del mecanicismo al relativismo sofista o solipsismo.

Al mecanicismo, porque el «punto de observación» decide de la valoración de los hechos. El mismo Haya lo balbucea: «La geografía —espacio histórico en su forma elemental— es quizá el primer basamento de toda concepción filosófica moderna».

Se configura así una idea de la historia como un inmenso escenario contemplado desde los diversos ángulos de una monumental platea. Cada enfoque ofrece una concepción histórica igualmente válida, porque su validez es relativa al ángulo de observación. Esta concepción —pese a las graves y profundas disquisiciones sobre la «dinámica relativista»— es de un estatismo abrumador: «congela» el múltiple y entretelado proceso histórico —en el que las relaciones nacionales e internacionales se entrelazan y se condicionan mutuamente; y en el que las ideas sociales una vez

(5) Haya sólo puede ofrecer esta nebulosa definición: «Hay «Pueblos Continentes» que coinciden geográficamente con sus aislantes delimitaciones físicas como Estados Unidos, como Australia, como Indoamérica. Pero los hay que forman «Pueblos Continentes» dentro de vastas zonas de «hinterland», sin oceánicas soluciones de continuidad. China es un «Pueblo Continente» con su propio «Espacio-Tiempo histórico» y lo es Rusia que abarca Europa y Asia. Pueblos Continentes son también el Occidente europeo como fue el mundo árabe...» «Cuando los Estados nacionales resultan escenarios pequeños, son los pueblos continentes los que adquieren la categoría de protagonistas contemporáneos de su historia».

En esta concepción Haya refleja, aunque no lo dice, la influencia de los geopolíticos norteamericanos, en particular del libro de R. Strausz-Hupé, «Geopolítica— La lucha por el Espacio y el poder».

nacidas reaccionan sobre la base social que las engendrara— dentro de un frigorífico marca «Charlatán»...

El universo histórico es una realidad de lucha y esfuerzo en la que no existen observadores inmóviles. La relatividad en la valoración de un hecho histórico existe, pero respecto a la clase social —en el cuadro de las condiciones generales— a que pertenece cada hombre, actor y observador a la vez del drama histórico. Ya decía Feuerbach que en la cabaña no se piensa lo mismo que en el palacio...

El burgués imperialista —por ejemplo— ofrece un juicio valorativo del acontecimiento; el militante proletario, otro; etc. Pero, estas apreciaciones relativas no alteran la verdad objetiva, cuya existencia es absoluta. ¡Claro! Las clases condenadas por la historia carecen de ese «coraje de la verdad» de que hablara Hegel; la deforman y oscurecen o son incapaces de abarcarla. El auge irracionalista en filosofía; la amañada trasmutación de las nuevas verificaciones de la física en puntales de un renacer religioso a través del atajo del indeterminismo; el adecuamiento del buceo sideral de los astrónomos y de la especulación matemática no ya en búsqueda sino en reencuentro de Dios, son los síntomas sublimados, en nuestro tiempo, de la decadencia histórica de una clase, la burguesía. Las clases ascendentes, por el contrario, no temen mirar a la verdad de frente y al fondo de los ojos.

Medidas así las cosas —desde luego en un plano muy general y esquemático—, también nosotros afirmamos que el pensamiento de Marx es relativo, pero su relatividad no es la del observador atado inicialmente a un pedazo de geografía. Representa al proletariado mundial; es la concepción de una clase ascendente, empujada en la interpretación científica y en la transformación del mundo; es la conciencia militante de los inmensos cambios experimentados por la técnica en puja violenta y ya definitiva, con relaciones de producción que enchalecan las energías humanas y aseguran el usufructo parasitario del trabajo social por una minoría. Ideología particular de una clase social, el proletariado, es no obstante, de valor universal porque es el pensamiento de una clase llamada a concluir con las clases sociales, de una clase que al emanciparse manumite a todas las clases oprimidas de la sociedad. Puede afirmar así, orgullosamente, con Lenin, que es todopoderosa porque es exacta. Su alma palpitante, la dialéctica, expresa la eternamente dinámica unidad entre la teoría y la práctica, entre el pensamiento y la acción, entre la especulación científica y la insaciable necesidad técnica.

Haya de la Torre dirá que no es cierto que él encadene la validez de un pensamiento a un espacio geográfico, ya que no expresa tal idea bajo el nombre genérico de «punto de observación»; que se le caricaturiza; que él habla de una «cuarta dimensión histórica», producto de la «interdependencia de factores teóricos, étnicos, sociales, económicos, culturales, psicológicos que actúan y se influyen entre sí» e «integran una continuidad dinámica».

Aparte de que esta alternativa sería solamente la repetición enfática y pretenciosa de la vieja y deteriorada teoría ecléctica de "los factores", no es posible caricaturizar a Haya. Su teoría es, en sí misma una caricatura de la teoría física de Einstein, ayudada en el parto por el relativismo spengleriano que niega la existencia de una historia universal, y afirma el paralelismo de ciclos culturales, inalienables de una humanidad determinada.

Pero inclusive así, por mucho que proteste y enrevese en nebulosas de léxico sus disquisiciones, la teoría que pretende sonar para el marxismo-leninismo como la trompeta del juicio final, parte de una subordinación inicial del pensamiento a una realidad geográfica. Y ello es de una tosca manufactura mecanicista. Su argumentación anti-marxista —palabra más, palabra menos— gira hasta el cansancio en torno al "punto de observación", que no es solamente un espacio geográfico pero que lo implica ineludiblemente. Marx, hombre del siglo XIX europeo, "inmóvil en su ángulo de observación" nos legó un método filosófico y algunos geniales descubrimientos, pero ellos deben ser sustituidos, desde el "punto de observación" americano por los descubrimientos no menos geniales de Haya de la Torre... "Si la nueva física nos da un nuevo rumbo para la estimativa del fenómeno físico, y el fenómeno observado desde un ángulo no es lo mismo que el fenómeno observado desde otro ángulo. ¿Cómo vamos a pensar que la filosofía no va a tener en cuenta estos conceptos?"

¿Cuáles son los "puntos de observación"? Haya nos lo dice con mucha claridad: "Hay un tiempo y un espacio europeo; un tiempo y un espacio asiático, y un tiempo y un espacio americano"... "Es que la geografía —espacio histórico en su forma elemental— es quizá el primer basamento de toda concepción filosófica moderna"...

No hay, pues, ni deformación intencional, ni manipuleo de razones con propósito de ventaja polémica. Haya de la Torre trasladó los principios de la teoría de la relatividad a la filosofía de la historia, lo que referido al ya clásico ejemplo del tren y la plataforma, le permitía ubicarse en el tren americano y dejar a Marx a pie en el andén europeo. Ello le facilitaba liquidar a poco costo un viejo pleito polémico iniciado con el agudo Mariátegui y el malogrado Julio Antonio Mella.

Haya de la Torre hace mucho que acostumbra acomodar sus escarceos teóricos a las necesidades de su zigzagueante biografía. Un ejemplo interesante nos lo ofrece —siempre bajo el imperio de lo geográfico— en el ensayo que pasa por ser la exposición general de la "nueva" doctrina.

"Hay en el misterio de las realidades geográficas (anotemos de paso el tono de augur tan grato a los frequentadores de la filosofía alemana de decadencia, R. A.) explicaciones coincidentes con el proceso de las realidades históricas. El Perú, nudo geográfico, nudo geológico, nudo étnico, nudo imperial, nudo virreyal, fue también escenario culminante de la independencia de América. Todo esto le está marcando a la patria una concepción in-

separable de su Espacio-Tiempo y de su misión nacional y continental. Porque el Espacio-Tiempo histórico no puede concebirse en pequeño, no podemos despedazar el Espacio-Tiempo histórico. El Espacio-Tiempo histórico tiene su expresión dialéctica, lógica histórica, en el escenario continental en que actúa. No actúa en un escenario geográfico delimitado. Asia es un Pueblo Continente. América es un Pueblo Continente. Y puedo afirmar que el centro del Espacio-Tiempo de este Pueblo-continente es el Perú".

Lo que traducido a un lenguaje con menos misterio que las realidades geográficas, dice así: la teoría del Espacio-Tiempo histórico permite separar a América del mundo para que en ella pontifique Haya de la Torre; pero como Haya de la Torre nació y vive en Perú, este país es el centro del "Espacio-Tiempo" americano... Y al que no le guste, lo declaramos, desde ya, muerto y congelado.

Pero Haya de la Torre alterna la esquematización mecánica con el solipsismo y la sofística. Es relativista, y si el "Espacio-Tiempo" histórico a través del misterio de las realidades geográficas concluye en Haya de la Torre, el relativismo filosófico, emparentado por las arterias del idealismo con el subjetivismo sofístico, termina también en Haya de la Torre. Se patentiza así todo lo que hay en sus trabajos de mera elucubración y trasnochado idealismo... Basta para que ello se revele con recurrir a la más vieja, honesta y sencilla pregunta: ¿cambia la realidad americana mirada desde Europa?

Lenin decía que la "ley es el reflejo de lo esencial en el movimiento del universo". También la ley dialéctica refleja la esencia del transcurrir social. El conocimiento científico surge del proceso de descubrimiento de las leyes objetivas de la realidad. ¿Dependen del "punto de observación" las leyes del desarrollo latinoamericano o su existencia es independiente del observador?

La respuesta a esta pregunta divide, en sustancia, a los filósofos en los dos campos básicos: idealistas y materialistas. El materialista sostiene la existencia de una realidad material en movimiento, exterior e independiente de nuestra conciencia, la que es una imagen refleja de dicha realidad objetiva. Aplicando esta conclusión filosófica a la sociedad deducimos el materialismo histórico: la vida material de la sociedad —cuya entraña última integran las fuerzas productivas y las relaciones de producción— es una realidad objetiva, es decir, independiente de la voluntad de los hombres y la "vida espiritual de la sociedad es el reflejo de esa realidad objetiva, el reflejo del ser". Haya de la Torre se ubica en el campo opuesto. Al subordinar el fenómeno histórico al "punto de observación", al "Espacio-Tiempo histórico" americano, asiático, europeo, etc., niega su realidad objetiva, concreta, real, existente de igual manera, se la contemple desde la China o desde París... Ello es idealismo de pura cepa.

No es extraño, pues, que en última instancia Haya dirima su pleito con el marxismo-leninismo como un problema de dos perspectivas individuales, la de Marx, ubicado en el siglo XIX euro-

peo, la de Haya, dueño y señor de los secretos del Espacio-Tiempo histórico indoamericano.

¿Cuántos más tendrían derecho a reclamar su propia perspectiva?... Vaya uno a saberlo... El rostro sudamericano, maltratado por una tremenda realidad social en crisis, fácilmente se brota de incubadores de sistemas, apadrinados con celeridad por el dólar o la libra en proporción directa a su virulencia anti-marxista.

No nos movía, pues, un afán de fácil catalogación cuando dijimos que Haya de la Torre oscilaba fatalmente entre una mecanización grosera del fenómeno histórico y una suerte de relativismo sofista. No en vano ha bebido la mala leche de Spengler.

"Supongamos que alguien le respondiese" (a Spengler) —dice Juan Hessen— "con arreglo a sus propios principios este juicio sólo es válido para el círculo de la cultura occidental. Pero yo procedo de un círculo cultural completamente distinto. Siguiendo el invencible impulso de mi pensamiento tengo que oponer a su juicio este otro: toda verdad es absoluta. Con arreglo a sus propios principios este juicio se halla tan plenamente justificado como el suyo. Por ende, me dispense en el futuro de sus juicios, que son válidos sólo para los hombres del círculo de la cultura occidental. Si alguien hablase así Spengler protestaría con todas sus fuerzas, pero la consecuencia lógica no estaría de su parte sino de su contrario". (Juan Hessen. "Teoría del Conocimiento").

El peruano Guardia Mayorga, por su parte, va a escrutar una raíz de las teorías de Haya de la Torre en el aforismo de Protágoras: "El hombre es la medida de todas las cosas". Lo que nosotros, en una versión libre, podríamos traducir: "Haya de la Torre es la medida de todas las cosas".

VI

DONDE SE HABLA DE LOS PUEBLOS-LUZ

La teoría de Einstein establece la unidad del espacio y el tiempo y la estrecha relación de ambos con el movimiento, cuya velocidad mide la velocidad de la luz considerada como constante.

"Así como la velocidad de la luz en la Teoría de la Relatividad marca el máximo de cualquier movimiento, así también en la historia, los pueblos que marchan a mayor velocidad en el avance de la civilización y la cultura son los pueblos luz, los pueblos que nos servirán para medir las demás velocidades de los otros pueblos" —escribe Haya de la Torre, prosiguiendo con su forzado paralelismo entre la teoría física y el desarrollo histórico. Es decir, que el Espacio-Tiempo histórico de un pueblo se mide por su relación con los "pueblos luz".

Si tomáramos este criterio para un estudio comparativo destinado a establecer el estado social imperante, las relaciones de producción y las instituciones sociales y políticas predominantes en cada país, respecto de las naciones más desarrolladas, la ex-

presión "pueblos-luz" podría tener un valor metafórico más o menos exacto. La humanidad conoce hasta ahora cinco tipos fundamentales de regímenes sociales: el comunismo primitivo, el esclavismo, la feudalidad, el capitalismo y el socialismo. Desde luego, que estos cinco sistemas no existen siempre en su forma bien nítida y definida: hay períodos de transición y hay regímenes en los cuales sobreviven viejas formas sociales y restos de anteriores relaciones de propiedad. Por ejemplo, en naciones como las latinoamericanas de escaso desarrollo capitalista, sobreviven relaciones precapitalistas, enlazadas al predominio de poderosos monopolios internacionales que deforman la vida económica y dan base a la opresión nacional. Sus instituciones corresponden, pues, a un estadio sobrepasado por la historia que ha alcanzado en la actualidad la época del socialismo.

Pero no es en este sentido que emplea la expresión Haya de la Torre. Como lo vimos antes, para aceptar su teoría, es menester trabajar con la idea de un mundo fraccionado en diversos "Espacio-Tiempo históricos", es decir que por un lado se está viviendo en el siglo XVI y por otro en el siglo XX. ¿La URSS, país socialista en qué siglo está viviendo?

Cabe, por lo tanto, verificar su teoría desde otro ángulo. ¿Vive África atrasada o América semifeudal un "tiempo" distinto del que transcurre en el mundo?

Literariamente, es posible decir: "América atrasa el reloj"; pero, social e históricamente, América semifeudal es parte del eslabonado sistema mundial imperialista. Aunque sus instituciones sean atrasadas, vive la hora del mundo, como lo demuestra en su más cruda y exterior manifestación la reciente guerra. América no vive en la Edad Media; posee algunas de sus instituciones anacrónicas, producto de relaciones semif feudales de producción, pero ellas constituyen un eslabón de la vasta cadena mundial del imperialismo.

Ya el Manifiesto Comunista señalaba que la burguesía había unificado el mundo unificando el mercado, más que con sus bombarderos, con la metralla de sus mercancías, cuyas vanguardias fueron los grandes descubridores. Pero, desde entonces, el capitalismo ha dado un salto cualitativo en su desarrollo, ha entrado en su fase última de senectud y descomposición, el imperialismo. Hoy el imperialismo es un sistema mundial —contradictorio, pero único— sobre las cinco sextas partes de la Tierra. Como indica Stalin:

"La exportación intensificada de capital a los países coloniales y dependientes; el ensanchamiento de las "esferas de influencia" y de los dominios coloniales, hasta llegar a abarcar todo el planeta, la transformación del capitalismo en un sistema mundial de esclavización financiera y de opresión colonial de la gigantesca mayoría de la población de la tierra, por un puñado de "países adelantados"; todos estos hechos han convertido, de una parte, las economías nacionales y los territorios nacionales de los distintos países en eslabones de una sola cadena, llamada econo-

mía mundial; de otra parte, han dividido la población del planeta en dos campos, de un lado, un puñado de países capitalistas "adelantados", que explotan y oprimen a vastos países coloniales y dependientes, y de otro lado, una enorme mayoría de países coloniales y dependientes que se ven obligados a luchar por liberarse del yugo imperialista." (Stalin. "Cuestiones del Leninismo").

América es parte de este sistema mundial imperialista, es un eslabón en su cadena. La ruptura de las relaciones semif feudales la ruptura del milenario atraso hindú sacudiría al Imperio Británico, poniendo en libertad fuerzas socialmente tan imponentes como las liberadas por la desintegración atómica. Por esta razón, el movimiento de liberación de los pueblos coloniales y dependientes se enlaza en un solo frente de batalla con la revolución proletaria mundial. Y la causa de la URSS —unidad socialista de naciones que ha destruido bajo la dirección del proletariado, las raíces sociales y económicas de la opresión nacional— es la causa de todos los pueblos coloniales y dependientes del orbe.

En este sentido se puede hablar de "pueblos-luz", que sirven de referencia para medir el ritmo del desarrollo histórico. Pero si pretendemos separar esta designación del estudio particular del sistema social imperante y del instante general, histórico, del mundo, no sirve siquiera como manida imagen literaria.

Es cierto, entonces, que hay "pueblos-luz" que señalan el momento más alto del desarrollo histórico, y sellan, con su presencia, la época en que se vive. El advenimiento de la revolución rusa tuvo esa virtud. Hoy vivimos "la era del socialismo"; la vive no solamente la URSS —única comunidad socialista de naciones—; la vive el mundo.

"Así como el triunfo de la revolución francesa y su consolidación a través de cruentas luchas contra las fuerzas del feudalismo, abrió la era de la democracia burguesa, impulsó el desarrollo económico, político y social de los pueblos y el florecimiento de las ciencias y las artes, el triunfo de la Revolución rusa y su consolidación a través de cruentas luchas —primero contra la contrarrevolución interna y externa y luego, en la vanguardia de todas las fuerzas progresistas del mundo contra el nazifascismo y las fuerzas reaccionarias que lo sostienen— ha abierto también una nueva era en el mundo, la era del socialismo... Claro que este proceso no se realiza en línea recta, sino que sigue diversos caminos. Los regímenes políticos, los sistemas económicos, las formas sociales que surjan en este período, no serán uniformes en todos los países. En la Unión Soviética, el socialismo triunfante se consolidará y desarrollará, sirviendo de ejemplo a todos los pueblos que quieran vivir sin miseria y sin explotación, y mejorar de modo continuado sus condiciones de vida y de trabajo, y su nivel cultural; en otros países, surgen y surgirán gobiernos democráticos de nuevo tipo y de nuevo contenido social, que sin ser todavía socialistas, no son, ni serán del viejo tipo capitalista; en otros países se luchará por la independencia nacional, contra el

yugo colonial, contra el imperialismo extranjero y sus sostenedores nacionales. *En su conjunto, sin embargo, el mundo marchará hacia el socialismo, única forma de convivencia social que puede evitar el hambre, la miseria, la explotación colonial y la guerra*". (V. Codovilla. - El subrayado es nuestro. R. A.).

Para evitar la aceptación de este hecho de trascendencia histórico-universal ha construido Haya de la Torre la trabajosa pirámide de su teoría del "Espacio-Tiempo histórico". Sin embargo, de su comprensión depende que el Apra sea una fuerza progresiva —desde luego, no proletaria; nacional-burguesa— en la realidad peruana o de que, olvidando viejas proclamas antif feudales y antiimperialistas, se vuelva una pieza de maniobra americana del imperialismo internacional.

VII

EL FENOMENO IMPERIALISTA Y LA PLATEA AMERICANA

Las anteriores consideraciones rebaten ya, prácticamente, la absurda conclusión hayista que en tercer término nos proponíamos refutar. Sin embargo no está de más insistir.

"Lenin —dice Haya de la Torre— había calificado el imperialismo como la última etapa del capitalismo. Nosotros decimos en respuesta: el imperialismo es la etapa última, superior, de los países industriales, en los países que el Espacio-Tiempo histórico ha adquirido su plenitud. Pero como el vaso que colma y recibe la última gota, la última que llena el vaso es la que cae primero, por eso decimos nosotros: desde nuestro Espacio-Tiempo americano, el imperialismo es la primera etapa del capitalismo, porque nosotros no podemos tener el mismo esquema histórico que Europa".

Haya de la Torre confunde aquí o tergiversa, el hecho cierto de que América vive el sistema mundial imperialista sin que su economía haya cumplido el proceso de desarrollo y maduración capitalista y su transformación en imperialismo, con un nuevo enfoque y definición americana del imperialismo.

"El imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en la cual ha tomado cuerpo la dominación de los monopolios y del capital financiero, ha adquirido una importancia de primer orden la exportación de capital, ha empezado el reparto del mundo por los trusts internacionales y ha terminado el reparto del mismo entre los países capitalistas más importantes", tal es la definición de Lenin. ("El Imperialismo..." Ed. Leng. Ext. Moscú).

Este fenómeno —característico del capitalismo en descomposición y natural prelude de la revolución socialista— implica precisamente la existencia de países atrasados a donde exportar capitales, la existencia de territorios coloniales y dependientes repartidos como mercados, fuentes de materias primas o posiciones estratégicas, por las grandes potencias. El arribo pacífico o extorsivo de capitales exportados o de productos industriales que do-

nado por dichas relaciones de producción y de su valoración en el cuadro mundial de la lucha histórica entre el proletariado y la burguesía.

El problema, para el proletariado latino-americano, no reside en cambiar el carácter de la revolución porque ello es independiente de su voluntad como del impresionable nerviosismo de los conspiradores tropicales. La revolución americana no dejará de ser democrática y de liberación nacional para trocarse en socialista, por un decreto o por la magia irresistible de un elucubrador.

Establecido el carácter de la revolución, la cuestión se circunscribe a definir las condiciones de la participación proletaria en la misma. El análisis de Lenin en "Dos Tácticas" es ya un modelo clásico a este respecto. "No debemos olvidar —escribe Lenin— que en estos momentos no hay, ni puede haber otro medio de acercarse al socialismo que la libertad política completa, la República democrática". Tampoco se abre otra ruta hacia el socialismo para la clase obrera de América Latina que la ruptura del medioevalismo social, económico y político y la acentuación del perfil nacional independiente de cada país.

El proletariado debe intervenir de modo decisivo en el proceso de la revolución. Dos razones fundamentales se lo exigen: Primero, porque no hay otro rumbo que le permita aproximarse y alcanzar la sociedad socialista a que aspira; segundo, porque el desenvolvimiento capitalista, industrial y agrario, de cada país y la destrucción de las mallas semif feudales que asfixian su economía y abisman a las masas en un fatal subconsumo, es indiscriminable de la lucha contra los poderosos monopolios imperialistas, otorgando a esta pugna un contenido de liberación nacional. La revolución democrática de los pueblos latinoamericanos es, por lo tanto, una porción de la revolución proletaria mundial.

Cabe ya sólo cuestionar ¿qué desempeño corresponderá a la clase obrera? ¿Su intervención adquirirá el contorno dirigente del protagonista o el de un mero comparsa, relegado ayudante, incapaz de timbrar el ritmo y el alcance de la revolución?

Esta pregunta ya dividía en 1905 a los bolcheviques de los mencheviques. La tesis táctica fundamental de Lenin arrancaba de la idea de que el proletariado puede y debe ser la clase dirigente de la revolución democrática. El oportunismo menchevista rebajaba la clase obrera a la función de apéndice extremo de la burguesía liberal.

También en la actual hora latinoamericana esta tesis es la decisiva. Es lógico que ocupe un centro en las divergencias con Haya de la Torre. La verdad es que el Jefe del Apra ha arquitecturado su teoría del "Espacio-Tiempo histórico" urgido por la dura necesidad de defender y abroquelar tras un ropaje filosófico, su tenaz y deteriorada negación del desempeño histórico dirigente del proletariado en América del Sur.

En su variable historia política ha sido éste el único islote inmutable. ¡Pero qué islote! Esta postura política que no ha experimentado giros, ni mutaciones, implica, en realidad, la prueba

ácida para la ubicación social de su pensamiento. Haya de la Torre —que se iniciara como ideólogo de una activa pequeño-burguesía estremecida en todo el continente por el sacudimiento de la anterior postguerra; las vibraciones del fenómeno encuentran en el Plata, las voces resonantes de los reformistas universitarios— pasó en el correr de los años a regentar un partido que, pese a la abigarrada composición de las masas que lo siguen, es el portavoz de la burguesía conciliadora peruana. Su prédica del "capitalismo de estado" combinada en estos días con la consigna: "No queremos quitar la riqueza a quien la tiene, sino crear riqueza para quien no la tiene", tan parecida a la de don José Batlle y Ordóñez: "Queremos que los ricos sean menos ricos y los pobres sean menos pobres", expresa lo medular de su programa.

Haya de la Torre —repetimos— negó siempre —aun en las épocas ya lejanas de su crepitante parrafeo antiimperialista— la aptitud de vanguardia del proletariado americano. Esta repulsa lo condujo, de la mano, a oponerse y combatir, primero: la formación del Partido Comunista, luego: su inclusión en las filas del "Frente único" significado originalmente por el Apra, finalmente: a ametrallarlo con las más acres diatribas y a preconizar su exterminio teórico y físico.

Dice Haya de la Torre:

"Nuestros países feudales, al emanciparse tienen que dar preeminencia a la clase campesina... luego a la clase obrera industrial y a la clase media" "...Del examen realista de nuestras clases sociales, hemos llegado a la conclusión de que nuestro proletariado es incipiente como incipiente es nuestra industria". "Nuestro industrialismo es económicamente colonial (sic) e incipiente y nuestro proletariado como clase no puede gobernar aún".

Estas teorizaciones de Haya de la Torre no son nuevas. Allí por el 1890, Jorge Plejanov escribía y trizaba de manera irreparable, idénticas conclusiones a que arribaban los "populistas" sobre el alineamiento social de Rusia. Entre otros juicios erróneos, los populistas... "no veían en la clase obrera la clase más avanzada de la revolución. Soñaban con la realización del socialismo sin el proletariado. Para ellos, la fuerza revolucionaria principal eran los campesinos dirigidos por los intelectuales y la comunidad campesina, la cual consideraban como el germen y la base del socialismo".

La interpretación no es, pues, un secreto de los dioses revelado al oído del inventor del "Espacio-Tiempo histórico". Como concepción social es harto vieja. Y además de su amarillento tinte añejo, fue sepultada hace 50 años, desde el punto de vista teórico por Plejanov y Lenin, y hace 29 años, en 1917, desde el punto de vista práctico, por la victoriosa revolución rusa, la prueba confirmatoria inapelable de la tesis leninista.

Veamos como resume la "Historia del Partido Comunista (b) de la URSS" las razones de Plejanov:

"Defendiendo la doctrina marxista y la posibilidad de aplicarla plenamente a Rusia, Plejanov demostró que a pesar de la

supremacia numérica de los campesinos y del número relativamente reducido de los proletarios, era precisamente, en el proletariado y en su desarrollo, donde los revolucionarios debían cifrar sus esperanzas". "Y ¿por qué precisamente en el proletariado? Porque el proletariado, a pesar de representar por aquel entonces, una fuerza numéricamente pequeña, es la clase de los trabajadores que se halla vinculada a la forma más progresiva de la economía, a la gran producción, razón por la cual tiene ante sí un gran porvenir. Porque el proletariado como clase, crece de año en año y se desarrolla políticamente, es fácilmente susceptible de organización, gracias a las condiciones de su trabajo en la industria y es, además, por la misma situación proletaria, la clase más revolucionaria, pues no tiene nada que perder con la revolución como no sean sus cadenas. No ocurre lo mismo con los campesinos. Los campesinos (bien entendido que esto se refiere a los campesinos individuales) pese a su gran masa numérica, son una clase de trabajadores que se halla vinculada a la forma más atrasada de la economía, a la pequeña producción, por cuya razón no tiene ni puede tener un gran porvenir. Los campesinos no sólo no crecían como clase sino que se disgregaban de año en año, pasando unos (los kulaks) a la burguesía y otros a los campesinos pobres (proletarios y semiproletarios). Además, el hecho de hallarse diseminados constituía una traba para su organización, y, su situación de pequeños propietarios, hacía que fuesen más reacios que el proletariado a entrar en el movimiento revolucionario".

La respuesta es clara; científica e irrefutablemente clara, y viene al pelo para la impugnación hayista.

Desde luego: el marxismo leninismo, si bien no considera al campesinado el sector de vanguardia en el proceso de la revolución democrática, lo estima una de sus fuerzas motrices, el aliado natural por excelencia del proletariado. La función dirigente de la clase obrera no puede cumplirse a no ser en alianza estrecha con los campesinos.

Lenin subrayaba que "sin convertirse por ello en socialistas ni dejar de ser pequeño-burgueses, los campesinos son susceptibles de actuar como los más perfectos y radicales defensores de la revolución democrática. Los campesinos procederán inevitablemente así siempre y cuando la marcha de los acontecimientos revolucionarios que ilumina su camino, no se quiebre demasiado pronto por la traición de la burguesía y la derrota del proletariado. Los campesinos se convertirán inevitablemente bajo dicha condición en un baluarte de la revolución y de la República, ya que sólo una revolución plenamente victoriosa puede darle al campesino «todo» en materia de reforma agraria, todo cuanto el campesino quiere, con lo que sueña y lo que realmente necesita" ("Dos Tácticas").

Haya de la Torre pese a la vasta y viva experiencia teórico-práctica internacional, insiste en que el proletariado de América no está en condiciones de desempeñar un papel dirigente; arguye

para ello que el escaso industrialismo determina su potencial numérico y político reducido. En primer término, la misión histórica del proletariado —como lo indicaba Plejánov— está dictada por las propias leyes del desarrollo social. En segundo término, no es cierto que el proletariado sea una cantidad despreciable en la ecuación americana. El propio fenómeno imperialista expresado en la succión brutal de los países dependientes y coloniales, en la deformación de su vida económica y en la opresión nacional, tiene su contrapartida... "Al explotar estos países, el imperialismo se ve obligado a construir en ellos ferrocarriles, fábricas y talleres, centros industriales y comerciales. La aparición de la clase de los proletarios, la formación de una intelectualidad del país, el despertar de la conciencia nacional" son sus consecuencias". (Stalin. "Cuestiones del Leninismo").

De manera, que no sólo se forja un proletariado en algunas grandes empresas y transportes, sino que sus núcleos de concentración están ubicados en el nervio del problema nacional. Estos proletarios —dos veces explotados: socialmente, como obreros; nacionalmente, como habitantes del país subyugado— constituyen tanto desde el punto de vista táctico como por su significación histórica, la vanguardia del gran ejército de la liberación.

El diario episodio —ese fruto del árbol verde de la vida, al decir del olímpico Goethe, mejor que toda gris teoría— refuta también con su lógica de hierro la elucubración hayista. En toda América Latina se levantan los Partidos Comunistas en permanente crecimiento, los que —con la clase obrera sindicalmente organizada— gravitan y van imprimiendo cada vez más su sello, en los destinos nacionales. Hasta en los países más dejados de la mano de dios, la clase obrera, tras las banderas jóvenes pero ya gloriosas de los sindicatos y partidos obreros, ocupa un honroso primer papel en la escena.

En cuanto a la aspiración hayista, llevada a sangre y fuego, de negar la función y hasta el derecho a la vida de los Partidos Comunistas, la realidad se ha tomado, también, la molestia de ofrecerle respuesta.

A pesar de que el mismo Haya de la Torre, al transformar el Apra en Partido de características perfectamente definidas ha liquidado el problema en su aspecto peruano, es de interés general debatir si el Frente Único Nacional puede sustituir, en cualquier etapa democrático-burguesa, al partido del proletariado. Y cabe hacerlo, porque de la existencia y actuación independiente del partido del proletariado depende que la revolución democrático-nacional no se traicione a sí misma y que se transforme, luego, en emancipación definitiva de todo subyugamiento social, en revolución socialista.

El mantenimiento de una conducta independiente, de objetivos tácticos y estratégicos claros, fijables solamente por un Partido Comunista poseedor de una teoría de vanguardia, no debe significar en ningún instante, una política de aislamiento, de menosprecio u olvido de los aliados, de apreciaciones subjetivas y de

enarbolamiento de consignas de mero valor propagandístico general, inoperantes desde el punto de vista organizador y movilizador de las fuerzas sociales susceptibles de intervenir en la revolución. Es tan peligroso para el proletariado el aislamiento sectorio como el rebajamiento de su función histórica de vanguardia y de su actuación educadora y reivindicativa independiente.

La única posibilidad de que la revolución democrático-anti-imperialista no se frustre o se atasque a mitad de camino, reside en la intervención activa y dirigente del proletariado en ella. Lenin decía con su genio avizor, refiriéndose al caso ruso, que el proletariado se halla más interesado en cierto sentido que la burguesía en el triunfo decisivo de esta revolución cuyo contenido social es burgués, porque "en cierto sentido la revolución burguesa es más beneficiosa para el proletariado".

"A la burguesía —indicaba— le conviene apoyarse en algunas de las supervivencias del viejo régimen contra el proletariado, por ejemplo, en la monarquía, en el Ejército permanente, etc. A la burguesía le conviene que la revolución burguesa no barra demasiado resueltamente todas las supervivencias del viejo régimen, sino que deje algunas de ellas; es decir que esta revolución no sea del todo consecuente, no se lleve hasta el final, no sea decidida e implacable... A la burguesía le conviene más que los cambios necesarios en un sentido democrático burgués se establezcan lentamente, gradualmente, prudentemente, de un modo cauto, por medio de reformas y no por medio de la revolución... que estos cambios desarrollen lo menos posible la independencia, la iniciativa y la energía revolucionaria del pueblo sencillo, es decir, de los campesinos y principalmente, de los obreros, pues de otro modo a estos últimos les será tanto más fácil «cambiar de un hombro al otro el fusil» como dicen los franceses, es decir, dirigir contra la propia burguesía el arma que pone en sus manos la revolución burguesa, la libertad que ésta les da, las instituciones democráticas que brotan en el terreno libre de feudalismo. Por el contrario, a la clase obrera le conviene más, que los cambios necesarios en un sentido democrático burgués se introduzcan no por medio de reformas, sino por la vía revolucionaria, pues el camino reformista es el camino de las dilaciones, de los aplazamientos, de la agonía dolorosa de los miembros podridos del organismo popular y los que más sufren con este proceso de agonía lenta, son el proletariado y los campesinos" ... "Sólo el proletariado puede ser un luchador consecuente por el democratismo. Pero sólo puede luchar victoriosamente por el democratismo a condición de que las masas campesinas se unan a su lucha revolucionaria" ("Dos Tácticas").

La cita es demasiado larga, pero la concisión, elocuencia y densidad de su contenido obvia toda explicación posterior.

Es claro que esta afirmación leninista no implica la oposición del proletariado a todas aquellas reformas que signifiquen un avance en el proceso de transformación social y económica. Por el contrario, el proletariado las propugnará y procurará que todo

el pueblo, en la lucha por ellas, eleve su combatividad y haga su propia experiencia política. De la audacia y energía de la intervención proletaria dependerá que las reformas no se vuelvan instrumentos de aquietamiento y paralización de las masas, de compromisos entre la burguesía y la regresión, sino que sean herramientas para una más profunda, vasta y total penetración en el camino de la revolución. La reforma agraria es un ejemplo. El problema de la tierra no podrá solucionarse de una manera total en América Latina por otras vías que las revolucionarias, pero ello no implica abandonar aquellas reformas y avances que socaven la estructura semifeudal y eduquen a los campesinos en la acción reivindicativa, aunque no salgan del marco jurídico y social imperante.

En fin, dejamos sin explorar la rica cantera de la anécdota política cotidiana que ofrece en toda América copiosos ejemplos de la inconsecuencia burguesa en la lucha antifeudal, antiimperialista, antifascista.

Los grandes ejemplos históricos del continente —evoquemos el más próximo de Batlle y Ordóñez— corroboran que, sin la intervención decisiva del proletariado, la revolución democrático-burguesa en el actual instante del mundo no será llevada hasta sus últimas consecuencias.

José Batlle y Ordóñez dirigió en Uruguay una batalla por el desenvolvimiento de la vida económica y de las instituciones burguesas, en pugna, inclusive violenta, contra los sectores del gran latifundio semifeudal y contra algunas empresas monopolistas extranjeras, en particular contra el ferrocarril inglés. Consiguió levantar en el país un poderoso movimiento de masas y apoyándose en él, extendió el dominio industrial del Estado, impulsó el incremento industrial, aprovechó la voz acuciante de las reiteradas huelgas obreras y sus reclamaciones de una legislación social más o menos avanzada; consolidó la separación de la Iglesia y el Estado, sostuvo la ley de divorcio y ciertas medidas tendientes a elevar el nivel cultural de la población. No obstante, Batlle y Ordóñez no impuso un cambio esencial en el cuadro económico y social del país. Su labor careció de profundidad como para configurar una mutación revolucionaria de la existencia nacional. Sus armas se embotaron sin tocar las relaciones semif feudales de producción, la gran estancia de ganadería extensiva, ni liquidar la gravitación asfixiante de los ávidos monopolios imperialistas que acuestan la economía nacional en el lecho de Procusto del monocultivo, encadenándola al envío de productos de la ganadería —carne, lanas y cueros— para el mercado exterior. Batlle no sólo dejó intacto el inmenso problema de la tierra —las medidas impositivas son progresistas, pero impotentes— sino que se apoyó para la lucha contra las empresas imperialistas británicas en los monopolistas norteamericanos.

El desenlace de la batalla hubiera sido otro, si la clase obrera, aliada a los campesinos, bajo la dirección de un fuerte partido marxista-leninista, hubiera podido desempeñar el papel que le co-

rrespondía. Únicamente la intervención decisiva del proletariado y su Partido, podría haber introducido el factor capaz de elevar el enfervorizamiento de masas que sacudió la República, hasta trocar lo que fueron meras reformas burguesas, en un veloz avance por el cauce de la revolución democrática y antiimperialista.

¿Pero que fue, en última instancia, el drama de la revolución mejicana, sino la ausencia de la hegemonía proletaria en el proceso revolucionario?

Pero, si la revolución no puede cumplir sus objetivos sin la presencia hegemónica del proletariado, menos podrá hacerlo si no sostiene el Partido del proletariado de manera consecuente, un plan estratégico y táctico; si no propugna la alianza de todas las clases y capas sociales coincidentes sobre una plataforma común, y si no decide con el supremo argumento de las masas en marcha, que esa alianza se lleve a cabo.

En fin, si el partido del proletariado no toma en cuenta todos los aliados más o menos transitorios que le ofrece el panorama socio-económico del país.

La realidad americana —sin excepciones— promueve la necesidad de esta alianza de clases, que no debe confundirse con la vieja colaboración de cuño social-demócrata que conducía a la claudicación proletaria en el regazo de la burguesía; es la re-clusión, de contenido revolucionario, de todos los sectores socialmente progresivos, en torno a un programa económico y político de fondo agrario y liberador nacional.

Esta opinión la formulamos en Uruguay y es válida para la orientación de los comunistas uruguayos; pero ¿es que hay diferencias, en lo esencial, entre este juicio político y el enfoque estratégico y táctico del resto de América? Creemos que no. Puede servir, por lo tanto para responder a Haya de la Torre. Y, sobre todo, para responder a su mañosa y malintencionada acusación de que los comunistas pretenden quemar la "etapa democrática" a fin de servir los intereses de la economía rusa...

"La realidad de Rusia no es la realidad del Perú —escribe Haya de la Torre—. Mientras el Aprismo quiere cumplir la etapa democrática... el comunismo propugna la «agitación permanente» entre los obreros de las industrias extractivas, para entorpecer la producción y favorecer el progreso de las industrias similares en Rusia. El azúcar, el algodón, el petróleo, etc. latinoamericanos compiten en los mercados mundiales con Rusia. Contribuir a su no producción en países coloniales como el nuestro es favorecer la producción rusa".

La acusación es por demás grotesca; pero tiene sus virtudes. Primero, porque atestigua con harta elocuencia que el señor Haya de la Torre, "superador del marxismo" y última palabra del des-envolvimiento dialéctico de la historia, se siente molestado por la actividad reivindicativa de los obreros y que recurre frente a ella, al más gastado expediente policial reaccionario: la presencia del "oro de Moscú". También los comunistas se interesan por el crecimiento de la producción industrial en los países dependien-

tes; pero no a costa del amordazamiento y la explotación centuplicada del obrero. Esto los diferencia del burgués común que cree o pretende hacer creer que la incrementación industrial debe acompañarse de la rebaja del salario y del empeoramiento general de las condiciones de trabajo. Los comunistas propugnan una plataforma de reestructuración económica, de fomento industrial y diversificado auge agrícola, pero condicionan su realización no al interés de una minoría, sino al interés general de la población, al bienestar de las masas populares. Es justo, es lógico y es necesario que dentro de este marco de propulsión económica nacional, la clase obrera sostenga y enarbole sus propias reivindicaciones. La coincidencia de diversas clases sociales sobre un plano nacional, que hace posible e imprescindible la alianza política y la brega por objetivos comunes sociales, democrático-nacionales, no elimina, de la realidad concreta de la fábrica, la lucha de clases.

Aparte de estas consideraciones de índole general, se puede anotar que la abrumadora mayoría de las industrias extractivas de América Latina se encuentran en poder de los monopolios imperialistas, que abonan salarios cien veces menores que en las metrópolis y aniquilan prácticamente generaciones enteras de trabajadores. A dichas voraces empresas hay que responsabilizar del envilecimiento y exterminio de las poblaciones indígenas, del imperio de la "coca" y otras bellezas por el estilo. ¡Bien que las conocía el señor Haya de la Torre cuando era un joven estudiante, que no había visto aún los caminos del cielo político a través de la demagogia y el acomodamiento!

En segundo término, la mencionada acusación de Haya de la Torre contra los comunistas de promover "una agitación permanente" entre los obreros, tiene la virtud de ayudar a desmentir que la diferencia entre el líder del Apra y los comunistas gire en torno a que uno aspira a cumplir la "etapa democrática" y los otros pretenden saltarla por motivos extraamericanos. En realidad es otra la diferencia. No reside en el cumplimiento o no cumplimiento de la llamada "etapa democrática"; sino en saber en nombre de qué clase social participa cada uno en la transformación revolucionaria de América. Mientras Haya expresa los intereses de capas de la burguesía que han conseguido en Perú nuclear dentro de las fronteras de su partido a sectores de pequeño-burguesía y el pueblo, bajo la bandera de un pretendido "marxismo" americano; los comunistas representan al proletariado, aunque su programa interprete las aspiraciones y anhelos de toda la población laboriosa. De acuerdo al cuadro social de América Latina, ambos sectores podrían quizá ir un trecho por el mismo camino, pero se dirigen a estaciones diferentes. Lo último no inhibe a lo primero. La alianza es necesaria, y tanto más necesaria cuanto que los partidos en general democráticos, han llegado en Lima a la Casa de Gobierno.

La obra social y económica no es pequeña, ni fácil; rápidos para la compra o la maniobra subversiva están los monopolios imperialistas —inversionistas poderosos en Perú y en América—

que soplan en los labios de los restos del nazifascismo para reanimarlo y cuya alianza es permanente con los reaccionarios furibundos del semifeudo. Si Haya de la Torre recurre al fácil expediente de atacar las huelgas con la remanida acusación de la prensa amarilla de que son la obra de Moscú; si persiste el ataque adjetivante y hasta físico contra los comunistas, vanguardia de la clase obrera y el pueblo; si no se estructura una alianza de todas las clases progresivas con el proletariado, unido y organizado, a su frente, para aplicar un vasto programa de desenvolvimiento industrial y agrícola y de elevación vertical del nivel de vida de las masas, la experiencia peruana puede sumarse a otras tantas que han cruzado derrotadas por el suelo de América.

El palmoreo cariñoso de los diplomáticos imperialistas que ya se produce y la postergación del programa, junto al anticomunismo frenético y al antisovietismo enfurecido, dan mucho que pensar... Los días venideros hablarán.

Y aquí llegamos al final de nuestra tarea; la verificación última es clara como una moraleja: *lo grave no está en que el señor Haya de la Torre rechace el "marxismo" —o el "marxismo leninismo", única forma de ser marxista en nuestra época—, sino en que pretenda revisarlo y superarlo, y autoproclamarse, inclusive, su oráculo indoamericano, cuando representa socialmente a la burguesía y predica la violencia contra los marxistas; en fin, que en vez de aceptar su condición de uno de los Jefes de la burguesía peruana, se declare el "superador" filosófico de Marx en el continente, cuando en lo social y económico postula un modesto y cada vez más retaceado desarrollo capitalista, dirigido en beneficio exclusivo de los capitalistas.*

¿Hasta cuándo durará esta mistificación?

Ya lo veremos. Nuestro tiempo revela rápidamente el oro y el barro de cada acontecimiento. Los disfraces filosóficos y los embellecimientos literarios de las fuerzas políticas, confrontados duramente por la realidad, se desploman como las decoraciones de cartón piedra sometidas al temporal. Quedan, entonces, al desnudo y actuando, las clases sociales con su verdadero rostro.

Ya lo veremos, decía. Mientras tanto depositemos nuestra esperanza en la gravitación de esas masas populares, de esos intelectuales y trabajadores sinceramente revolucionarios, que ha englobado en sus filas el Partido del Pueblo. Esperamos que ellos digan la última palabra; que en alianza con los comunistas y demás sectores sociales progresivos, hagan sonar desde el Cuzco la voz anunciadora del nuevo Perú.

Buenos Aires, 2 de marzo de 1945.

(Publicado en folleto aparte en 1945 por Editorial América, Montevideo y por Editorial Anteo, Buenos Aires, en 1946).

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR EL 24 DE ENERO
DE 1962 EN LOS TALLERES
DE IMPRENTA LETRAS S. A.,
LA PAZ 1829, MONTEVIDEO